

Contribución de Ripoll a la Guerra de la Independencia

Por JOAQUÍN BOIXÉS

Para muchos puede resultar un interesante descubrimiento la relación de sucesos que vamos a enumerar. A fuer de sinceros, confesaremos que nos sorprende — y nos duele — que estos hechos importantes casi se hallen confundidos en el profundo olvido. Si en estas conmemoraciones de los Sitios gerundenses se han desempolvado viejos recuerdos, gestas desconocidas y momentos heroicos, justo es que demos que Ripoll no se hallaba ausente en aquella epopeya que escribió con sangre nuestro pueblo. Un silencio acusador parecería indicar que la Villa Condal nada tenía que decir en este concierto de patriotismo, cuando la realidad nos dice que su presencia se hizo sentir durante aquellos años de una manera eficaz y positiva.

Vaya también por delante la aclaración de que no pretendemos un estudio exhaustivo, ya que un repaso de las fuentes documentales existentes de seguro aportaría nuevos e interesantes datos. Mencionemos también en forma destacada el Archivo Municipal y las publicaciones del insigne patricio don José M.^a Pellicer y Pagés — cuya memoria ha sido honrada recientemente —, que nos han facilitado este estudio.

Los sucesos del Dos de Mayo tardaron días en ser conocidos por los habitantes de la Villa. Alar-



Monasterio de Santa María de Ripoll

mado por los acontecimientos que se sucedían en diversos puntos de la península, el Ayuntamiento convocó una sesión especial, de cuya Acta son los siguientes párrafos:

“A los veinticuatro días del mes de junio de mil ochocientos ocho.

Convocado y congregado el Magnífico Ayuntamiento de la Villa de Ripoll en la sala grande de las Casas Consistoriales del Común y Universidad de la misma Villa, en cuya convocación han sido presentes los señores Pedro Molins, Juan Camprubí, Luis Picola, Onofre Sala, Juan Torrentó y José Borrató, regidores; Eudaldo Vives y Agustín Pigrau, diputados; Ignacio Arqués y Diego Servitja, síndico Procurador general y Carcelero; con asistencia del honorable Antonio Crastías, Bayle de la expresada Villa; han comparecido en la presente sesión por recado de urbanidad los Comisionados del Muy Ilustre. Cabildo de los Sres. Monjes del Real Monasterio y de la Rvda. Comunidad de Presbíteros de la mencionada Villa, por pregón los vecinos cabezas de familia de la misma, al efecto de formar una Junta auxiliar de Defensa en las críticas circunstancias en que se halla la provincia entera, y para tranquilidad y buen orden de los moradores de esta Villa, independencia y conservación de la Monarquía y de la Religión Católica.

Y ha sido acordado con uniformidad de votos comisionar por vocales de esta Junta, dos por parte del M. I. Cabildo, dos de la Rvda. Comunidad de presbíteros, dos por parte de los Hacendados, dos por parte de los Labradores y dos por parte de cada Gremio de la expresada Villa...”

El Acta relaciona a continuación los nombres de los comisionados, dándoles “facultades amplias y absolutas” al objeto para el que habían sido nombrados. Al día siguiente, en la primera sesión de esta Junta auxiliar de Gobierno, se acordó reducir el número de vocales, siendo nombrados los siguientes señores: el monje Fr. Joaquín de Ros, D. Eudaldo de Oriola, Pbro., Mariano de Rocafiguera, José Elías, Antonio Illa, Pedro Molins, Francisco Cavallería, José Claper, José Raguer, Manuel Surroca, Eudaldo Sadurní y Juan Casadesús.

El día 26, se hace el pregón de que la “Junta auxiliar y de gobierno de esta Villa” ha tomado posesión y que sus órdenes deben ser obedecidas por todos los ripolleses, ya que en caso contrario se les considerará reos de traición a la patria. Los miembros de la Junta se distribuyen los diversos cargos de administración y dirección de las fuerzas y auxilios militares.

El día 5 de julio, el Ayuntamiento — “para acudir a los gastos precisos de la guerra contra el tirano de Europa”, como consta en el Acta — entrega a la Junta de Defensa la cantidad de 900 libras existente en las arcas municipales. El día 17, y con el mismo fin, se establece el impuesto de un sueldo por cada libra carnicera de carnes para el consumo de Ripoll. Por cierto que con esta medida se originó un roce con la Abadía. El día 18, se nombra Colector del Catastro, o sea el recaudador de las contribuciones extraordinarias.

El Cenobio benedictino de Santa María siente como el que más el fervor patriótico y, al parecer a consecuencia de un entusiasta discurso del Abad Casaus, se forma en Ripoll una compañía de 300 voluntarios para defender la villa y hostilizar al invasor. Son nombrados jefes de estas fuerzas — como capitán, teniente y alférez, respectivamente — los ripolleses Eudaldo Dou, Antonio Perestevé y José Masdeu.

Si no era despreciable la ayuda que en los sentidos indicados podía aportar nuestra Villa, las Juntas Supremas de Defensa instaron a Ripoll para que se esforzara en contribuir de una manera especial; la Real Fábrica de Armas instala aquí — a base de la cooperación de infinidad de talleres artesanos, una organización modélica — era uno de los pilares en que se fundaba la resistencia a la invasión. Nos dice Pellicer que Ripoll hizo una primera entrega de mil fusiles y llegó a una producción semanal de trescientos. Sobre este tema existen abundantes datos en las Actas Municipales y de la Junta de Defensa, como la del 5 de enero de 1809 en que se hacen constar con satisfacción los trabajos que se realizan para aumentar la producción — cuya dirección y objetivo habían sido confiados al entusiasta monje Fr. Joaquín de Ros — y que el Común adquiere una partida de cien fusiles para acudir en ayuda del ejército patrio.

El clima ripollés en aquellos años fue unánimemente patriota. Las autoridades religiosas — Monasterio benedictino y Comunidad de Presbíteros — colaboraron eficazmente en la Junta de Defensa y ayudaron el feliz desenvolvimiento de la campaña. En 27 de enero de 1809 el Abad ordena rogativas solemnes “al Dios de los ejércitos para que continúe facilitando el suceso de nuestras armas”.

Durante la Guerra de la Independencia, sólo en tres ocasiones el ejército francés ocupó la Villa. En 1809, los invasores penetraron en Ripoll para destruir la fábrica — mejor dicho, la fabricación — de Armas; pero los vecinos habían huido a las montañas. En 22 de mayo de 1812 se presentaron cinco mil franceses al mando de Decaen y Lamarque: después de exigir una crecida contribución y de celebrar aquí la fiesta de Corpus se alejaron, volviendo a sus cuarteles de Olot. En 23 de febrero de 1813 se libra un combate en Vallfogona y el 28 del mismo mes en Ripoll; la Villa sufre un bárbaro saqueo.

(Termina en la página 40)

Fiesta del Libro en Gerona, Olot y Palafrugell

Como todos los años, el Centro Provincial Coordinador de Bibliotecas organizó actos conmemorativos de la Fiesta del Libro en los principales Centros de lectura de la organización.

En la Sala de Pergaminos de la Biblioteca Pública de Gerona, disertó el Dr. don Luis Batlle y Prats, sobre "Recuperación Bibliográfica posterior a la Guerra de la Independencia". La disertación del Dr. Batlle, llena de erudición, atrajo poderosamente la atención de la distinguida concurrencia. Como en todos sus trabajos, el conferenciante aportó abundante documentación inédita, fruto de sus constantes trabajos de investigación.

Al final del acto las Autoridades hicieron entrega de los Premios del Concurso anual convocado por el Centro Coordinador.

En la Biblioteca Popular de Olot pronunció una magistral conferencia don Miguel Llosas, sobre el Papa Luna y el Concilio de Constanza. La amena y clara exposición del ilustre conferenciante fue seguida ávidamente por el público, interesado por una de las páginas más atractivas de nuestra Historia.

En la amplia Sala de actos de la Biblioteca Popular de Palafrugell se proyectó la película sobre las excavaciones de Ullastret, que fue comentada por el autor del guión de la misma, y Director de las Excavaciones, don Miguel Oliva. La cinta fue seguida y admirada con la atención que siempre despierta y la disertación completa, abundante en detalles, sugeridora, fue escuchada con el interés y expectación que merecen la exposición de la labor constante y eficaz del señor Oliva.

Pero, por sobre de todo lo mencionado, Ripoll sintióse atraído por una fuerza especial ayudando a la ciudad de Gerona, sitiada por el ejército de Napoleón. Tres ripolleses destacaron en este empeño: el monje Joaquín de Ros, don Ramón de Pons y don Mariano Montorro.

Los merecimientos del primero quedan señalados en el certificado honorífico que le libraron las Autoridades, donde se lee: "Que en la ocasión en que estaba la provincia sin armas y, a fin de proporcionarlas, a los comisionados de Figueras, Gerona, Puigcerdá, Balaguer y otros pueblos que se presentaron a la Junta, procuró medios para el aumento de la fábrica de armas, que se hallaba en esta Villa, tan necesaria en aquellos tiempos. Que a este fin estrechamente encargaron a esta Junta los Excmos. Sres. Marqués de Palacio, D. Teodoro Reding y sucesivamente los demás generales de esta provincia y el general inglés Doyle desde Alicante que, con preferencia a otro servicio, se aumentase de operarios esta fábrica para el armamento de la provincia, en lo que trabajó incesantemente a satisfacción de todos los generales y Junta superior del Principado, en tanto que de ésta mereció particularmente las más expresivas gracias. Que a más del encargo particular de S. E. Don Teodoro Reding de distribución de armas a los somatenes que de todas partes acudieron en socorro de la inmortal Gerona, por los desvelos y persuasión de los vocales de esta Junta pudo entrar en aquella plaza una partida de gente armada, acompañando un convoy."

Don Ramón de Pons se mostró hábil y heroico guerrero. Como hace constar el general Castaños en el Diploma por le que se le concede el grado de Capitán, "desde el momento en que los franceses invadieron esta provincia se dedicó a hostilizarlos, como lo consiguió en repetidas funciones de guerra, particularmente en la introducción de un convoy en la plaza de Gerona en 1.º de setiembre de 1809 y subsecuente salida verificada el día 4, y en la acción del 16 de setiembre de 1811 en el Grao de Olot, en que quedó gravemente herido, después de haber sostenido este punto contra fuerzas superiores..."

El historiador Pellicer nos habla también con encomio del ripollés Mariano Montorro quien activamente intervino en la defensa de Gerona: él fué quien, en medio de una lluvia de proyectiles, volvió a izar en lo alto del fuerte de Montjuich la bandera española que había sido arrancada por los disparos.

No podemos dejar de mencionar finalmente otra figura interesante salida de Ripoll: el que después fue General Manso. El joven José Manso Solá, aunque nacido en Borredá, vivía en nuestra Villa cuidando, con su familia, de un molino de la Abadía. A los 23 años, empuñó las armas, haciendo una carrera militar brillantísima y distinguiéndose por sus hechos heroicos.

Con los apuntes transcritos, se tendrá una ligera idea de que no fue despreciable la contribución de Ripoll para el éxito en dicha epopeya. En contraste, dejemos también constancia de que, en pago a su heroísmo, nada obtuvo Ripoll, sino perjuicios. En 1811 concluía el señorío del Abad sobre la Villa, asestando un golpe de muerte al Cenobio milenario. Después, nuestra población vería derribadas sus murallas, saqueados sus edificios, perdida la fabricación de armas y perjudicados sus habitantes, sin que tuviéramos el consuelo de ver siquiera el reconocimiento de la Nación a tanta gesta.

Sin embargo, hoy como ayer, los ripolleses debemos sentirnos honrados de haber servido a tan altos ideales. La historia no habla de los héroes anónimos, pero se nutre principalmente de ellos.